

El oficio del historiador

Luis Antonio Restrepo Arango*

Resumen. Este texto es un ejemplo de las clases que el profesor Antonio Restrepo dictaba a sus alumnos de primer semestre de la carrera de Historia en un lenguaje coloquial; incorporaba en su exposición las respuestas a las preguntas de los estudiantes. En el aula planteaba los más complejos problemas de Teoría de la Historia como la interpretación y el abuso de las fuentes, el maniqueísmo, la teleología o la historia contrafactual, por medio de ejemplos de la historia de Colombia, la historia de Europa o la historia de las religiones; de paso, demostraba la gran erudición que debe tener el historiador.

Palabras clave. teoría de la historia, interpretación, fuentes, maniqueísmo, historia contrafactual, archivos, teleología, paleografía.

El historiador que solamente trabaja con archivos, directamente, sin saber nada más, está cometiendo un gravísimo error. El archivo está ahí, pero también hay que interpretarlo y para su interpretación necesita un conocimiento por parte del historiador, del tema o del contexto histórico en el cual está trabajando. Los

grandes trabajos históricos, en general, son hechos sobre documentación primaria, de primera mano; claro que también se pueden hacer libros de divulgación, bien hechos, que utilizan una bibliografía primaria de otros y la utilizan con seriedad. Eso también vale, pero el caso clásico es explorar algo nuevo.

* El texto que aquí se presenta fue recogido en una sesión de clase del Curso Teoría de la Historia I, dictada por el profesor Restrepo Arango el 19 de diciembre de 2000 en la carrera de Historia; la grabación está en el archivo de la Fundación Luis Antonio Restrepo Arango. La transcripción se hizo con el apoyo de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, y fue corregida por la historiadora Ángela Rodríguez. Las preguntas que aparecen en el texto fueron formuladas por estudiantes del curso.

Ahora, el concepto de archivo tiene muchas variaciones. Uno entiende por archivo un mundo de papeles viejos; eso es cierto, porque en la clasificación del siglo XIX se hacía una división entre documento, o sea escritura—texto escrito—y monumento, o sea objeto.

Pregunta: ¿En historia, se entiende que el archivo son las fuentes primarias?

LAR: Eso de fuentes primarias y fuentes secundarias, viéndolo bien no es tan sencillo porque se presta a muchos equívocos y la gente se enreda. Vamos a poner un ejemplo: una carta de Simón Bolívar a Santander, que fue recogida por los encargados del archivo Santander, es la original, es una fuente primaria. Hay que interpretarla y ahí puede estar Bolívar justificándose, metiéndose mentiras, cualquier cosa, todo es humano, pero es fuente primaria porque partió de un gestor de la historia que la escribió. Entonces después llega un señor y comenta esa carta en un libro de historia, la cita al pie de página: *Correspondencia de Santander a Bolívar, Bogotá, Editorial Nacional, 1980*—estamos inventando, eso no existe—, páginas 17-18, si tiene dos páginas. Ya dependemos de que alguien pasó por ahí, comentó e interpretó. Pero eso tiene el tiritito que a veces la gente se enreda, cree que la bibliografía primaria es solamente el texto original, escrito en escritura

cuneiforme, en hebreo o en castellano, con la letra de la época..., pero eso no es así, con la imprenta eso cambió. Uno puede tener frente a sí la bibliografía primaria en imprenta, no es secundaria porque es la carta de Bolívar pasada de manuscrito a imprenta; en máquina de escribir o en computador, en cualquier cosa de esas, la carta es la misma.

Por ejemplo, en Alemania tienen todos los documentos medievales que se han logrado recuperar, con un costo altísimo que invirtieron varios gobiernos y usando diferentes técnicas. Eran todos en latín, quedaron en latín, pero en imprenta, para preservar los originales que son muy deleznable al ambiente y al manejo, como lo sabemos cada vez más. Hoy se tiende a fotografíarlos, la fotocopia resultó un problema porque genera una temperatura muy alta; un documento sometido varias veces a fotocopia se destruye, o sea que la fotocopia la están vetando ya en muchas partes. Está el otro método del scanner, que transcribe al computador lo que uno ve sobre la página; bueno, métodos habrá para evitar que los documentos se pierdan. Hay muchos problemas, algunos no nos tocarán a nosotros; entonces, aunque sepamos que el sol se va a apagar—es un hecho astronómico irrefutable—, no nos angustia en lo más mínimo que se vaya a apagar dentro de cuatro o cinco millones de años, vivimos tranquilos.

Según los especialistas, desde que se pasó del papel viejo de tela al papel de celulosa, la pregunta es: ¿los archivos de papel de celulosa, cuándo van a desaparecer? Entonces hay que prepararse y gastar una millonada de dólares recuperando esos papeles que sabemos que por ser de celulosa se van a volver polvito, cosa que no le ocurre a un papel de tela del siglo XII, de un monasterio, ahí está y no pasó nada; por eso hay que tomarles las famosas fotografías, que valen plata, para cuando el documento se esfume, literalmente. O sea que se combinan una cantidad de problemas, técnicos y propiamente históricos.

La tarea de la historia no es como mucha gente cree, irse a sentar en un archivo, abrir un documento y ponerse a leerlo, posiblemente con el auxilio de la paleografía. No, hay muchas cosas más. Uno no puede aspirar a dominar las transformaciones de la lengua inglesa desde que se configuró en la Edad Media y al mismo tiempo dominar la lengua cuneiforme; no, la una o la otra cuando más, que eso quede claro. Y en su propia lengua, el historiador también llega a un punto donde se encuentra con la necesidad de una técnica que se desarrolló en los siglos XVI y XVII: *la paleografía*. Porque si bien es cierto que hay muchos documentos ya transcritos por paleógrafos en letra de máquina —como se dice—, en los archivos hay infinidad de documentos

que están y estarán ahí como fueron escritos, para que el historiador vea qué hace con ellos. Para eso hay que saber manejar esas letras de otras épocas, es decir, la paleografía.

Paleo-grafo: paleo es el hierro, grafo es la escritura. Ahí no se pierde tiempo, un historiador bien formado debe tener unos conocimientos de paleografía serios, suficientes. Ahora, si en su vida se va a dedicar a la historia contemporánea, a la historia del siglo XIX, puede no exigírsele que tenga un dominió especial de la paleografía, porque allí no va a encontrar problemas paleográficos; pero del siglo XVIII para atrás, cada vez va a entender menos, nada. En los documentos del siglo XVI, por ejemplo, uno no entiende absolutamente nada y si son de un siglo para atrás, peor. Hay muchos cambios en la orientación de las letras del castellano y hay que llegar hasta donde uno lo necesita; el ideal sería conocer las letras de la lengua castellana desde que se configuró o al menos desde la llegada de los españoles, en el siglo XV, para leer los documentos que empezaron a producirse a raíz de la Conquista, la sangrienta Conquista que tanto les gusta a ellos hacer pasar por evangelización.

Miren, se llena uno de problemas, por eso hay que irlos llevando con despacio. Están los problemas de Teoría de la Historia, filosóficos

diríamos, que siempre han sido difíciles; por ejemplo, la temática de la causalidad histórica nunca se ha resuelto, todas las escuelas pelean entre sí por la causalidad histórica, que es una teoría que depende de concepciones filosóficas más amplias sobre la causalidad. Un problema filosófico que no se puede evadir, un problema más metafísico y al que se le tiene que dar la cara, es la pregunta por el sentido de la historia: ¿para dónde va la historia? Éste se llama el *problema teleológico*, no teológico sino teleológico, porque teología y teleología son dos cosas distintas. Teleología también viene del griego, pero quiere decir finalismo, hacia dónde va una cosa. ¿Va la historia para alguna parte? Gran problema filosófico, llena toda la historia de la historia desde que ella comienza en el siglo v, en Grecia, con los libros de Heródoto.

Recuerden que los libros en Grecia eran rollos, pero no eran muy grandes. Como eran nueve rollos, por eso se llamaron *Los nueve libros de historia de Heródoto*;¹ después, con el libro moderno, que primero empezó en Roma, en papiros, y más tarde en imprenta en el siglo xv, se volvió un solo libro pero se sigue llamando igual. Este libro pasa, con razón, por ser el

fundador de la historia como disciplina: no es que cuente cosas simplemente, sino que cuenta cosas con la intención de explicarlas, de darles una interpretación. Contar cosas es otro asunto, por ejemplo, contar cosas puede ser la leyenda, el mito mismo, eso hay que tenerlo en cuenta para hacer esa diferenciación.

Entonces, la historia presenta este problema filosófico álgido: ¿tiene sentido, va para alguna parte, por qué estamos aquí? Para el hombre antiguo la explicación era muy fácil; bueno, para uno también es muy fácil: el hombre está en la tierra para adorar a los dioses. Unos dioses muy extraños, con un poder infinito y sin embargo necesitan que una criatura ínfima los adore, a mí siempre me ha parecido un poco loco esto. Ahí está, pues, el problema.

Pregunta: Otra discusión, que no sé si la han clausurado, es si la historia es producto del actuar de los individuos o de la interacción social. Parece que ese conflicto todavía se estudiara.

LAR: Ninguno de esos conflictos se ha cerrado, todos continúan siendo esenciales. ¿La historia es producto de la actividad individual o es producto de la actividad colectiva? Ésta es la oposición entre la concepción individualista y la concepción socialista marxista; así se expone, pero adentro viene el conflicto.

1. Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, vol. I, Barcelona, Hyspamérica, 1987 y vol. II, Barcelona, Hyspamérica, 1988.

El finalismo también tiene sus implicaciones muy complejas, porque el hombre religioso se cree con un sentido en el mundo, porque se siente creado por un ser superior que lo tiene aquí en la tierra, cuyos designios no alcanza nunca a captar. Cada religión tiene su manera de pensar, premios, castigos, lugares, figuras que acompañan a los dioses; todas tienen un problema, no pueden evitar hablar del mal. Y como esto al fin de cuentas es parte de la experiencia de la vida de los pueblos, la gente sabe, por ejemplo, que es muy bueno que llueva y haya una cosecha de maíz muy deliciosa, y la gente sabe que es muy malo que no llueva ese año y se estén muriendo de hambre. La experiencia del bien y del mal es así, no hay que ponerse a filosofar.

Pero la pregunta es: ¿por qué el bien y por qué el mal, por qué tiene que haber mal? Y en ciertas religiones muy depuradas, como el cristianismo, la cosa se vuelve muy complicada, necesita uno un cura para que se la explique. Yo me voy a tomar la libertad de explicarla sin ser cura, consciente de que cualquier cura diría un cuento distinto. En pocas palabras, ¿para qué darle tantas vueltas a la cosa?

Es un drama, para una religión tan elaborada intelectualmente como el cristianismo, que Dios, sumo bien, emane el mal. ¡Ah!, Dios no emana el mal. ¡Ah!, muy bien, entonces es

que hay un contra de Dios, hay un Dios del mal. Respuesta de los herejes maniqueos: hay un Dios del bien y un Dios del mal. Y el cura le dice a uno: “eso no es tan sencillo, Dios simplemente no promueve el mal, pero deja que el hombre decida”. ¡Ah!, ¿y no nos habían dicho que era Dios infinitamente poderoso y hay una criatura que Él crió, que está decidiendo autónomamente entre el bien y el mal? ¿No es, pues, una especie de Dios, que tiene la capacidad de decir “yo elijo el bien o el mal”? Eso ha generado muchos problemas históricos dentro del cristianismo, porque plantea el problema de la omnipotencia divina y un fragmento de omnipotencia humana. Dios dirige un universo y sin embargo un ser humano dice: “Dirija usted su universo, yo no me quiero salvar. Punto. Retírese por favor”. Y Dios va saliendo cabizbajo, se va yendo.

Cosa rara esa imagen del Dios todopoderoso, con el rabo entre las patas porque lo regañó cualquier ‘pelao’ por ahí, que se quiere condenar. Si le preguntan al cura de la parroquia, les va a decir: “Dios sabía que se iba a condenar desde que lo creó”. ¡Ah!, ¿entonces Dios crea criaturas condenadas ya de por sí? Eso creía San Agustín, que Dios había creado a un sector de la humanidad para salvarse y a otro sector, de nacimiento —genéticamente, diríamos ahora—, réprobo, y hasta

hizo un cálculo numérico y todo lo demás.

Hay todo un sector del cristianismo que trabaja con esa idea de los elegidos y los réprobos por nacimiento; de ahí provino una herejía, por allá en el siglo XVI, la de los *puritanos*, que fue estudiada por Max Weber² en su libro sobre los protestantes. Estamos en Holanda, en el nacimiento del capitalismo, en el siglo XVI; esa pregunta no fue hecha en Egipto ni en Mesopotamia, fue hecha en Holanda, emporio capitalista, protestante, o sea que no se podía preguntar: ¿padre, me voy a condenar? No, arréglese allá usted con Dios. Esos puritanos tenían que resolver un problema, ¿se iban a condenar o a salvar? ¡Ah!, no tenían confesión, porque el católico va, chuza al otro, le vuelve la barriga nada, sale corriendo donde el cura, se arrodilla, pone las manos y le dice: “padre, acabo de matar a un tipo”. Ahora es en castellano, en mi época era en latín: *ergo te absolvo*. He ahí pues el catolicismo, una religión de éxito porque es buenísima.

Otras sociedades son tenaces para eso y los crímenes los pagan los hijos, qué cosa tan terrible. El catolicismo es una religión suave y tiene éxito por eso. Los puritanos —pobres puritanos— no tenían

confesión, no podían saber qué les iba a pasar, hasta que descubrieron un signo de salvación: que les fuera bien en los negocios. Entonces los ricos —esto no me lo van a creer, pero léanlo en Max Weber; cada que lo pienso me parece tan loco, pero es la historia—, todos se van a salvar, no por ser ricos, sino porque ser rico es el signo, la pista que emite Dios. Todos los pobres se van a condenar, desde toda la eternidad, ya Dios había decidido que se condenaran. Como los pobres se pueden volver un factor de disolución de la vida social, por ende hay que hacerlos trabajar al máximo, pero evitando que con los salarios se dediquen a las cosas que se dedican los que ya están condenados de por sí —a las mujeres, al trago, al juego—; por eso hay que pagarles el mínimo, solamente aquello que necesitan para no morir de hambre y reproducirse, para que se puedan tener más obreros en las fábricas de textiles. Vean qué coherente es la cosa: para que no cometan más pecados, hay que matarlos de hambre.

Ese es el puritanismo, pero la clave es el éxito en los negocios: la riqueza es salvación, la pobreza es condenación. ¿Se habrá visto —como decía Max Weber— una religión más adecuada al sistema capitalista? Imposible. Y es obvio que haya sido así porque el puritanismo nació en Holanda, que en ese momento era el emporio del capitalis-

2. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969.

mo en Occidente, en medio de las condiciones del protestantismo. Bueno, hay otra cantidad de condiciones.

El historiador no es, pues, un señor que se sienta a leer un cuento sobre unos puritanos, sino que trata de explicarse qué es ese asunto; tiene derecho a que le dé rabia con los puritanos por explotadores, pero él debe explicarlo en el contexto histórico del siglo XVI, en Holanda, en el desarrollo del capitalismo, por qué aparece este tipo de concepción religiosa. Así, el historiador trabaja los temas, no simplemente como un cuento o como un sermón —tampoco se trata de sermonear a todo el mundo— y evitando, hasta donde sea posible, asumir esas actitudes que se llaman apologéticas. No hay derecho a que un historiador serio tome partido, de una manera simplista, por un determinado personaje, eso es delicado.

Ese es, muchas veces, un problema con las biografías. Hay biografías buenas y malas, las biografías malas no están apostando a hacer una especie de balance del personaje, colocándolo en el contexto de su época, y todo esto no debe conducir a un juicio moral, de si se condenó o se salvó; no se puede, ya de entrada, decir si fue positivo o negativo, o combinar en lo uno y lo otro el papel del personaje. Cuando uno compra un libro cuyo título es *Biografía del gran Napoleón*,

se sabe que el autor es un admirador de Napoleón, que bregará a hacer todo tipo de trampas para que Napoleón quede bien. Aquí hay una biografía escrita en el siglo pasado que se llama *El gran Berrío*, ya uno sabe que el doctor Berrío era la perfección absoluta, porque el señor biógrafo lo admira mucho.

Eso trae sus problemas interesantes, por ejemplo, ¿qué hace uno si le da por hacer una biografía de Hitler? Hay muchas, pero nazis; hay otras antinazis furibundas —enceguecidas también— y hay buenas biografías de Hitler y su época —pocas, pero buenas—, que no están ocultando las masacres ni dándoles justificación, pero están mostrando en qué contexto histórico coyuntural existía. Claro que todo eso es muy polémico, la historia es una disciplina muy polémica, los profesores tienen posiciones distintas, los libros también; uno no puede aspirar a tener un personaje puro, las peleas sobre el nazismo están vivas, todavía se ven filósofos importantes manipulando la historia, y le da a uno tristeza.

Yo leí hace poco a un pensador francés muy importante, que habla de la actitud grandiosa de Alemania en 1945, haciéndose responsable de la masacre de judíos. Increíble que la gente sea tan fresca para meter mentiras, es la mentira más grande que yo he visto en mi vida. En 1945 los alemanes estaban botando do-

cumentos, borrando testimonios, quemando fotos como locos, porque se les venía encima uno de los aliados, porque sabían que habían perdido la guerra. Además los aliados —norteamericanos, ingleses y franceses— estaban interesadísimos en ayudarles a esconder la documentación, porque ellos necesitaban a todos los alemanes, a todos los nazis, para poder montar la Guerra Fría. Lo que salvó a infinidad de nazis de la horca o de condenas a prisión de veinte o treinta años, fue el comienzo de la Guerra Fría.

Rusia inicialmente tuvo un papel muy duro, pero Stalin también pensó lo mismo: esto es mejor tomarlo con más calma, para poder participar en el gobierno de los alemanes. La actitud rusa inicial, cuando la invasión a Alemania, ha sido sumamente exagerada, se ha hecho una exageración terrible; pero comparándola con lo que hubo en Rusia, eso no fue nada. Los soldados rusos venían a vengarse, Rusia había tenido veinte millones de muertos, y parte de la venganza era violar a las alemanas, porque era mucho más que violar a una mujer cualquiera; que un hombre de raza inferior violara a una diosa aria, era lo más humillante que podía ocurrir. En una mujer es muy triste la violación, pero si además es aria, es caer de muy arriba.

Muchas mujeres se suicidaron y se tiraron a los lagos, pero eso ha

sido exagerado con la Guerra Fría. Stalin era muy buen político, él paró rapidito eso y dijo: “Mi problema era con Hitler, no con el pueblo alemán; yo quiero mucho al pueblo alemán”. Y ahí mismo organizó su Alemania Oriental. ¿Cómo los iba a matar y los iba a violar a todas? Cínismo político. Por otro lado, los gringos cogieron especialistas en torturas y todas estas cosas, para distribuirlos por todo el mundo; los han cogido en Uruguay, en Paraguay, en todas partes, haciendo su trabajo. ¡Para que venga este señor a decir que los alemanes estaban reconociendo sus fallas!

Lo que pasa es que con todo ese movimiento que hubo en los años sesenta, se dio una renovación del interés por el problema del holocausto judío, que estaba casi olvidado y arrancó una onda tremenda de películas, de documentales, y hubo otra vez conciencia sobre ese tema, y en realidad no ha vuelto a bajar el nivel, porque hay mucha gente investigando con ganas, con pasión. Entonces, cada que se va a apagar, ¡tan!, estalla otra bomba; cuando la cosa estaba bastante calmada y los alemanes habían reconocido oficialmente que los nazis eran un partido ilegal, sacaron otra ley reconociendo que eran legales.

Ha habido mucho impacto en el mundo por la quema de las casitas de los trabajadores turcos. Eso fue como en 1986, cuando aparecieron

los cabezas rapadas nazis —neo-nazis—, matando y quemando turcos. Eso puso otra vez la cosa muy rispida, muy difícil, aun con los países aliados, que acusaron a Alemania de hacerse la de la vista gorda con la actividad de esos muchachos, es decir, la cosa se puso fea en ese momento y ha seguido problemática.

Esto no es tan sencillo. Cuando todo estaba, no calmado, pero no tan impactante y espectacular, vinieron los documentos que abrieron el caso Suiza, que fue el estudio de cómo el oro de los judíos, los nazis se lo vendían a los suizos, para que los suizos lo revendieran a su vez. Entonces la Cruz Roja, con Derechos Humanos y todo, fue una de las que más se favoreció con la dictadura de los alemanes.

Pregunta: ¿Qué relación directa hay entre los cabezas rapadas y los nazis? ¿Hubo nazis de los años cuarenta que influyeron en la creación de estos grupos?

LAR: Lo que pasa es que estamos en el año 2000. En 1986 éramos muchos los que habíamos vivido la guerra, era gente de cuarenta o cincuenta años, los de más atrás no se dieron cuenta porque estaban muy chiquitos. Mucha gente se dio cuenta de la guerra, también los hijos de oficiales de la SS. Uno quisiera educar a su hijo en lo que ha creído toda su vida, pero en Alemania hay dos educaciones, hay una

estatal, oficial, antinazi furibunda —hasta muy antipedagógico que a la gente la obliguen a ser anti-algo—; a mí me parece muy antipedagógica esa actitud alemana, de ser antinazi, de odiar a los nazis, sobre todo cuando el muchachito llega por la noche y el abuelito, que fue uno de los que manejaban los tanques de gas, le va a decir: “fue una buena época, niño, logramos salir de todos esos hijueputas judíos”. Pobre muchachito, por la mañana le dicen que los nazis eran unos hijueputas y por la noche el abuelito le dice que los hijueputas eran los otros.

Esa educación es lamentable, el Estado los educa antinazis, haciéndose el loco, no dándose cuenta de un fenómeno sociológico en las casas, ya que casi todos los alemanes fueron pronazis —no necesariamente nazis, sino pronazis— y en general había un ambiente pronazi. Esa es la parte grave de los alemanes, por eso es que el asunto no se acaba. Y esta sí es una exageración mía, yo digo que para nazis, los austriacos, que los pobres alemanes no sabían nada de eso y los austriacos los educaron; el austriaco es de un nazismo... los austriacos son muy nazis, Hitler era austriaco; tienen presidente nazi, ¿quién quita que Alemania tenga presidente nazi dentro de diez años? Los historiadores no somos profetas, naturalmente, pero simplemente estoy jugando un poquitico.

Como es la historia —para que sigamos jugando un ratico—, ¿quién puede garantizar que dentro de veinte años en las plazas públicas no haya estatuas de Hitler, como salvador del pueblo alemán? ¿Por qué digo yo esta aparente locura? Porque ese es uno de los argumentos de la derecha alemana: “Si Hitler no hubiera enfrentado a Alemania con los bolcheviques soviéticos, ellos hubieran ganado la guerra facilito”. Hitler se opuso y se metió y Stalingrado se desangró, pero los mantuvo controlados; cuando ya se le entraron, también entraron los ingleses y los franceses. Hitler paró a los rusos y por lo tanto salvó a Europa del bolchevismo, ese es el argumento alemán que he leído y con base en él es que hago el chiste —no tan chiste—. Claro que yo no soy profeta, no podemos dedicarnos a profetizar, para que no nos pase como en Medellín con la *Mejor esquina de América*. Cómo botan la plata.

En todo caso, millones de alemanes, en el fondo de su corazón, han aprendido que si Hitler no se funde, se quema luchando contra los rusos que bajaban del Oriente, Europa sería hoy comunista. Total, algún día estará el monumento de Hitler a caballo en Berlín, ¿por qué no? Hay asesinos de buenas y de malas en la historia. Hitler era un asesino terrorífico, yo no lo niego, muy malo, ¿pero Napoleón era muy bueno?

¿Cuántos millones llevó Napoleón a la muerte, aunque con justificaciones distintas? Llevó la Revolución Francesa al resto del mundo y se entiende por qué él es mejor recibido.

Pero un día Napoleón se pegó qué encartada en Egipto, hubo una peste en el ejército y tenía que retirarse por el desierto con la tropa y con un hospital gigantesco de soldados enfermos. Él no era un hombre inhumano, él no iba a darles bala a los enfermos, no, los hizo envenenar; tenía argumentos de sobra: “para que no se murieran de hambre ni de sed”. Él no los podía llevar, no los podía dejar, ¡qué tristeza!, los tuvo que hacer envenenar. Y Napoleón está por toda Francia en estatuas. A mí me parece un genocidio muy horrible eso, claro que pudo haber sido chiquito comparado con el de Hitler, pero de todas maneras, un genocidio. O sea que el gran Napoleón, si tenía que resolver un problema táctico con veneno masivo, dele: “doctores, repartan cianuro como locos al almuerzo hoy”. ¡Oh historia!, ¡oh historia!, yo la conozco mucho y por eso es que me encanta, pero vivo escandalizado.

Pregunta: ¿Qué papel tuvieron el Papa y la Iglesia católica durante la Segunda Guerra Mundial?

LAR: El asunto de Pío XII no ha terminado, el último libro salió hace

quince días: *El Papa de Hitler*.³ ¿De dónde sacaría documentos ese autor? Los documentos se han logrado conseguir muy difícilmente, porque El Vaticano quedó con el control de su documentación y la cancillería alemana de Hitler quedó destruida; no todo lo pudieron destruir, pero destruyeron mucho. Entonces es muy indeciso para el historiador ese trabajo, por falta de seguridad con el archivo.

Hay una cantidad de declaraciones públicas y eso también hace parte del archivo. En ese tiempo no había televisión pero había cine, hay muchas películas; se grababan en las emisoras los discursos importantes y ahí están guardados —los discursos se registraban en grabadoras que llevaban al campo—, se escribían opúsculos, la prensa hablaba todo el día. Entonces el archivo oficial es estrecho, difícil de manejar, pero hay un gran archivo —éstas son cosas que el historiador tiene que aprender a trabajar— y en ese archivo no existe una sola declaración pública de Pío XII, que se pueda conocer, abiertamente a favor del nazismo. No hay, puede que se encuentre dentro de cien años o de un año.

Hubo actitudes de la Iglesia, una muy grave, que la Iglesia no permi-

te que se la digan, es que los aliados le pidieron al Papa que interviniera a favor de los judíos en Alemania y él contra argumentó que si metía la mano allá, Hitler perseguiría a los católicos; difícil que pudiera perseguir a medio país, en Alemania medio país es protestante y medio país es católico. El Papa dijo que no podía porque corrían riesgo los católicos, o sea que se negó a interceder por los judíos. Ahí quedó esa cosa, que se sigue debatiendo hoy a raíz de la canonización de Pío XII, que viene pronto, porque este Papa loco polaco va canonizando gente; todos los curas de Antioquia están cogiendo fila allá, el padre Gómez, el padre Jiménez, todos, todos son santos.

Hubo muchas cosas más. El Papa no, pero varios cardenales declararon contra los judíos, y hay documentos. El arzobispo de Munich, la ciudad del sur de Alemania, declaró públicamente —por escrito y en periódicos— que los judíos, ni muriendo todos en los campos de exterminio, podían llegar siquiera al mínimo del perdón por haber asesinado a un Dios. ¿Con que los judíos mataron a Dios? Tan raro. ¿Y que si no mataban a ese Dios, entonces no podíamos ir al cielo los demás? Lo que dice Jorge Luis Borges: “No queda sino canonizar a Judas”. ¿Qué tal si Judas no vende a Jesucristo por treinta monedas? En la olla todos. Claro que

3. John Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2000.

Borges era un literato, no era historiador ni filósofo; era un literato muy fino, muy tremendo.

Pregunta: ¿Qué habría pasado si Hitler hubiera ganado la guerra?

LAR: Esa es una pregunta que no se puede hacer, ese es un tipo de historia que está siempre tratando de meterse en nuestro terreno, la que llaman *historia contrafactual*. Hay un libro que se llama *Historia contrafactual*, escrito por esos tipos que creen en eso, pero ustedes se darán cuenta que no convence. Es imposible saber qué habría pasado si la historia hubiera sido distinta, los intentos que se han hecho son ridículos. Por ahí un argentino escribió una historia de Argentina, desde 1946 hasta la fecha de la muerte de Perón en los años ochenta. Ese es un libro basurero, de un bobo irresponsable que inventa e inventa sin saber por qué; parte de que ese día, en lugar de haber subido al poder, hubieran tumbado a Perón, y arranca. Qué locura, qué irresponsabilidad que publiquen un libro fino, costosísimo, con artículos de esos.

Eso depende de más o menos ciertas posibilidades de acertar, por ejemplo, los alemanes tenían un montón de proyectos escritos, de cómo manejar el mundo cuando lo hubieran conquistado; esos documentos cayeron en manos de los norteamericanos, que a los veinte años los soltaron en la Biblioteca

Nacional de Washington y sobre eso hicieron otra historia. ¿Qué hubiera pasado si Alemania gana la guerra? Eso es absurdo, muy parcial, pero al menos tiene algo de dónde pegarse, porque ahí los nazis decían qué hacer con Polonia, qué hacer con Rusia, qué hacer con Estados Unidos. Decían cosas también muy locas, pero estaban escritas.

Eran proyectos para cuando terminara la guerra, ellos quedaban dueños del mundo y pensaban cómo manejar el mundo. Los alemanes esperaban destruir a Rusia —apoderándose de todas las materias primas de ese “continente” que es Rusia—, destruir a Inglaterra y ocuparla. ¿Y qué hacer con los Estados Unidos? Obligar a Franco a que les permitiera entrar y tomar a Gibraltar y de ahí en adelante tomar las islas Baleares y las Azores, las más cercanas a América son las Azores. En eso sí iban muy bien, Hitler no era loco cuando decía: “esperen que ya viene el descubrimiento”. Era claramente la bomba atómica, la que estaban trabajando como locos los alemanes, lo mismo que los laboratorios gringos, que Hitler no alcanzó. Él tenía un arma secreta que realmente no era un invento, ya estaba terminando de desarrollar los aviones de chorro —alcanzaron a volar aviones de propulsión a chorro jet en la Segunda Guerra Mundial—, él tenía pues sus armas secretas con las que soñaba poder salir del atolladero des-

pués de Stalingrado y muchas más en su fantasía.

Hitler pensaba que cuando él estuviera por las Azores, ya estarían muy desarrollados los aviones V—V1, V2, V3—, ya iría en el V4 o V5 y podría estar en capacidad de bombardear con cohetes; él tenía toda la razón, que podría bombardear a Estados Unidos, con bombas atómicas, además. No estaba loco, la bomba atómica es una realidad, los cohetes dan la vuelta veinte veces alrededor de la tierra; eso es lo grave, que no estaba loco, sino que se le enredaron los burócratas y no alcanzó a sacar esas dos armas, a combinar la bomba con el cohete... Los norteamericanos iban más atrasados, no tenían cohete para tirar la bomba, tenían que llevarla en un avión gigantesco y soltarla allá arriba.

Fue increíble la capacidad de lucha de Alemania, pero también la capacidad de criminalidad, de destrucción a la que llegaron, que lo deja a uno boquiabierto. Pero muchas veces se dice que Hitler era un loco. Esa categoría *loco* en historia no funciona, eso es un insulto; no es

que esté loco, es que a usted le parece que está loco. Hitler loco era absoluta y perfectamente lúcido. ¿Malvado? ¡Ah, sí! pero eso es otra cosa. Ódienlo porque mataba a la gente, pero no digan que estaba loco.

Ninguno de esos tipos estaba loco, si uno empieza a estudiar la historia, a leer libros sobre el tema, a ubicarse en el país. Entonces, categorías como “estaba loco” hay que echarlas a un lado, tratar de mantener un control hasta donde sea posible, cierta objetividad, para no enamorarse de un héroe, de una heroína o una cosa así; entender que está tratando con seres humanos, en un terreno donde todavía no sabemos muy bien dónde estamos. Por eso la pregunta final es: ¿para dónde vamos? Los creyentes saben que van para alguna parte, los no creyentes creemos que no vamos para ninguna parte; entonces la historia, si es hecha por un creyente, va para el juicio final y si es hecha por un no creyente, no va para ninguna parte. ¿Qué pasará? No sabemos, ustedes elegirán qué les gusta más, ir para alguna parte o para ninguna.